

LA COMERCIALIZACIÓN DE LA POLÍTICA

Emmanuel Espinal*

¿CORRUPCIÓN O MODO DE VIDA?

Si entre los tantos aparatos electrónicos que vienen invadiendo nuestras vidas existiera uno capaz de medir los grados de corrupción que puedan existir en la sociedad, con toda seguridad que los dominicanos ocuparíamos una posición relevante entre las naciones donde la corrupción se ha convertido en una práctica tan común que se ha elevado a un comportamiento estandarizado.

Es más, ya hemos alcanzado a naciones mucho más grandes y desarrolladas que la nuestra con nuestro ingreso de pleno derecho en la internacionalización del tráfico de narcóticos, de la prostitución, del lavado de dólares, de la organización de emigraciones clandestinas, y muchas otras modalidades de operaciones propias del bajo mundo; también, además, por la imagen que hemos proyectado como sociedad abierta a todas las aberraciones para atracción de un turismo deformante y vicioso, y como país sin fronteras para todo tipo de aventurero en busca de ganancias fáciles que sepa conectarse con los individuos en posiciones clave que le sirven de canal para sus "servicios" o "inversiones".

Somos espectáculo de la hez internacional, que hace de nuestro país un enorme estudio cinematográfico para la filmación de películas porno, que hace de nuestras mujeres una cantera que alimenta la demanda de trata de blancas para países tan lejanos como Egipto o tan pobres como Haití, que hace de nuestro territorio parte de la carta de ruta que inunda Estados Unidos de narcóticos dejando en el país parte de sus cargas criminales. En fin, hemos

(*) Licenciado en Sociología (Cum Laude, UASD, 1981). Curso Especialización en Ciencias Sociales (UASD, CERESD). Profesor de Sociología en UTESA, recinto Santo Domingo.

recobrado nuevamente la categoría que antes tuvo la Isla Tortuga para los antiguos piratas y filibusteros que terminaron apoderándose de los territorios que hoy conforman la República de Haití, pero con la diferencia de que esta vez es la propia población la receptora de las influencias devastadoras que corroen lo que entendemos como formas de vida civilizada donde el hombre pueda perseguir la realización de sus mejores capacidades.

Pero para que el país haya podido elevarse, como consideran algunos, a la categoría que ha alcanzado a nivel internacional de economía basada en actividades ilegales, fue necesario que previamente sufriera un proceso de descomposición interna que condujo a la situación de corrupción que facilita no solamente que el Estado se haga cómplice de las redes mundiales que dominan esas operaciones sino que además la sociedad dominicana las haya aceptado como parte normal de su existencia.

Y eso, precisamente, es lo que ha venido ocurriendo, hasta llevarnos a condiciones de corrupción tan generalizadas que resulta difícil de distinguir qué es más alarmante, si los niveles de degradación que venimos sufriendo con la transformación de nuestras actividades económicas en franco perjuicio de nuestras capacidades productivas, o, por el contrario, los grados de participación que tienen los conductores de la vida nacional, tanto a nivel público como privado, colocados a todos los niveles de decisión y formación de la opinión pública, en las prácticas que han convertido la búsqueda de la ganancia máxima y del enriquecimiento fácil en norma de la moral y de los valores nacionales.

Aunque nadie se ha ocupado de hacerlo, merece un estudio especial descubrir la magnitud de nuestra dependencia económica de la corrupción: los volúmenes de dinero que se mueven en torno a la prostitución, tanto de la mujer como del hombre, a nivel nacional e internacional; el impacto que tiene en el área empresarial las inversiones efectuadas por los ricos y millonarios fabricados al vapor desde posiciones gubernamentales; las riquezas acumuladas por pagos de comisiones, contratos onerosos, contratos viciadas, y la enorme gama de maneras distintas de ordeñar al Estado; la incidencia poderosa que tienen en las áreas de la construcción y del sector financiero los dólares canalizados desde el exterior por el bajo mundo y las cuantiosas inversiones de grupos mafiosos que buscan consolidar sus fortunas, por sólo mencionar algunas de las modalidades que ocupan un espacio considerable de lo que constituye nuestras actividades económicas. Lo cierto es que tenemos razón para pensar que son cientos de millones de pesos y dólares que fluyen al torrente monetario dominicano imponiendo prácticas corruptas de vida en cientos de miles de dominicanos, unos tragados por

la avaricia y otros por las formas de ocupación abiertas con las actividades ilegales.

En esta carrera desenfrenada por multiplicar cada vez más los volúmenes de ganancias, sea a través de actividades lícitas o ilícitas, se ha venido produciendo una desquiciante distorsión de la economía, que se traduce en un proceso de debilitamiento progresivo de las actividades productivas, con el traslado creciente de las inversiones hacia los sectores de mayor rentabilidad que han sido estimulados en gran medida por el flujo económico provocado por las actividades ilícitas.

De manera que, cuando escuchamos ahora hablar de "inversión de valores" (algo de lo que hace apenas unos años mencionaban unos pocos visionarios en un medio donde no eran comprendidos; y hoy se repite con inusitada frecuencia), lo que se ve no es sino el resultado de un proceso anterior en el que las prácticas impuestas por el peso abrumador de las actividades corruptoras han condicionado a la población para que ésta termine por aceptarlas sin cargos de conciencia, o los que se precian de más virtuosos desarrollen una doble moralidad: aquella que tiene que ver con los actos privativos de la familia y la otra, la que se ocupa del mundo de los negocios y en ese mundo de los negocios también el de la política, para no hablar de aquellos cuyas vidas se han entregado totalmente al vicio, al oportunismo, y a todas las demás formas de indignidad en que existen millares de nacionales.

Son actitudes y conductas que no solamente vamos a observar en los trepadores y vividores de la peor calaña que vemos pululando en las actividades politiqueras buscando golpes de suerte que les resuelvan sus problemas personales, sino que además las vamos a encontrar prácticamente en todas las expresiones de la vida de la sociedad: desde el albañil que se roba los materiales del cliente para aumentar sus beneficios, al comerciante que en la primera oportunidad se entrega al desenfreno de la especulación con los precios en perjuicio del consumidor; desde el pulpero que arregla la balanza, al importador de vehículos que monopoliza el mercado por medio de sus vínculos gubernamentales para sacar ganancias extraordinarias a una prohibición llamada a evitar el escape de divisas; desde el ginecólogo que planifica sus vacaciones contando con el número de cesáreas que pueda practicar a sus "clientes", al politicastro que lucha por abrirse paso a una área del Estado donde pueda tender su carpa y salir millonario.

Son actitudes y conductas propias de la inversión de valores nacida de prácticas impuestas que abren cada vez mayor campo al mercenario político y al traficante de conciencias mientras se limita y se humilla al activista por convicción que se enfrenta a fuerzas cada vez más poderosas y peligrosas.

Sin embargo, es un error atribuir este proceso disolutivo de nuestra sociedad a un elemento subjetivo como lo es la corrupción, a pesar de que se presta a confundir a quienes pretender buscar explicaciones.

La corrupción no es sino la manifestación de un fenómeno mucho más complejo, pero que es el que contiene el elemento dinamizador capaz de arropar la sociedad en las relaciones que impone. Nos referimos al proceso de comercialización que desde la época de Trujillo viene invadiendo todas las actividades de la sociedad dominicana y que a partir de su ajusticiamiento se expande con fuerza demoledora hasta los últimos rincones del país.

EXPANSION DEL CAPITALISMO DEPENDIENTE Y LA COMERCIALIZACION

Lo que viene sucediendo en la sociedad dominicana no es diferente a lo que está pasando en la mayoría de los países latinoamericanos que han sufrido procesos de desarrollo similares al nuestro y que actualmente atraviesan por crisis también similares, como resultado de los procesos históricos que les han conformado, dentro de redes mundiales, sus características actuales.

No es casual que la mayoría de los pueblos latinoamericanos estén hoy atravesando por la crisis desgarradora que ha desatado la incapacidad para pagar una deuda externa acumulada en momentos en que las sociedades cabeceras del sistema financiero internacional buscaban mercados para colocar sus excesos de capital; como tampoco es casual que las respuestas que la mayoría de los gobiernos latinoamericanos han adoptado frente a esa deuda inducida hayan sido similares a la tomada por el Gobierno dominicano: cargar sobre la población el peso del sacrificio que impone saldar créditos que en nada le beneficiaron, aun al precio de ahondar la miseria que supone la profundización del subdesarrollo con ese escape masivo de divisas y recursos de capital.

Y no es casual, porque todos hemos sido y somos una extensión de economías matrices que nos han impuesto la penosa condición de criados al servicio de sus necesidades, reduciendo a una mínima expresión lo que han sido respuestas a nuestras propias demandas de desarrollo.

Distinto a esas economías matrices que hoy monopolizan la alta tecnología y dominan los términos del intercambio mundial, los procesos de transformación producidos por el desarrollo capitalista nos han dejado con distorsiones abismales que nos sitúan actualmente ante la difícil disyuntiva que presenta una crisis cuya expresión más evidente se manifiesta en los grados de corrupción que ha terminado por apoderarse de nuestras sociedades.

Porque distinto a las sociedades que fueron hijas legítimas de esas economías matrices generadoras de las relaciones mundiales que nos impusieron nuestra condición de cenicientas de los intereses industriales, financieros y comerciales situados en la cúspide de los centros de decisión internacionales, nosotros nos conformamos como sociedades residuales: produciendo a conveniencia de la demanda exterior y comprando a conveniencia de la oferta exterior, dentro de una división del trabajo y de la comercialización que para nosotros significó un proceso permanente de fuga de capitales y divisas, de raquitismo industrial, de mantenimiento en sentido general de producción de baja tecnología y grandes sectores donde predominaron relaciones pre-capitalistas de producción, y, por lo mismo, también de atraso social y político, de desempleo crónico y de miseria extendida.

Distinto a aquellas sociedades privilegiadas por el desarrollo capitalista, el proceso de expansión de las relaciones capitalistas dentro de cada una de nuestras sociedades no condujo ni a la proletarianización masiva de mano de obra liberada, ni a la transformación del sector agrícola en una poderosa maquinaria de producción capaz de asimilar los más novedosos métodos para satisfacer las demandas crecientes de una población que progresivamente se ha ido arrancando de sus medios naturales de subsistencia, ni a la generación de un proceso gigantesco de industrialización cuya expansión responda a las necesidades de una población cada vez más dependiente del comercio para adquirir las cosas necesarias de la vida.

Todo lo contrario a aquellas sociedades beneficiarias de un circuito internacional que las convertía en receptoras de los estímulos al desarrollo capitalista, tanto por el flujo de riquezas como por la demanda a la producción industrial de un mercado cada vez más grande, donde debieron aparecer los grandes centros productivos para responder a las necesidades locales se entronizó el comercio, y cuando tardíamente se inicia el proceso de sustitución de importaciones para aprovechar las demandas internas, no lo hace en forma integrada sino como extensión de los centros industriales que monopolizaban las primeras fases de la producción para convertirnos en receptores de materias primas, tecnología y maquinarias, privándonos de las etapas de producción que más contribuyen a dinamizar el desarrollo económico.

De manera que lo que recibimos como herencia de ese pasado-presente, han sido sociedades abrumadas por el peso de relaciones internacionales que les hacen cargar con la parte "sucias" de la división mundial del trabajo, ocupando las áreas menos rentables y atrasadas; sociedades abrumadas por las tremendas distorsiones que

afectan sus economías de mercados raquíticos a consecuencia del desempleo y de bajos ingresos, y de sectores productivos atrofiados por su falta de integración a las necesidades locales; pero sobre todo sociedades abrumadas por la extensión de la comercialización generada a partir de nuestra conformación como sociedades de consumo a imagen de las sociedades privilegiadas por el desarrollo capitalista, sin contar con la base material que nos permita satisfacer las necesidades y expectativas creadas de la población.

Así que cuando se habla de la "hipertrofia del sector terciario" para calificar, en vocabulario que pocos entienden, una característica que es propia de las sociedades dependientes, entre las que nos encontramos nosotros, lo que se define es un fenómeno que es resultado de las consecuencias que ha tenido en nuestros países el tipo de proceso que se nos impuso como sociedades menos privilegiadas del desarrollo capitalista mundial, entre las que podemos mencionar el desempleo y subempleo masivos que obligan a buscar fuentes alternas de subsistencia a una población progresivamente separada de sus medios naturales de vida; la incapacidad de los sectores productivos de responder a las necesidades del consumo interno y de dinamizar la proletarianización de la población para potencializar un mercado de sus productos a través de los sueldos y salarios; la pérdida de peso específico de esos sectores productivos desplazados por los sectores comercial y financiero como centro de las actividades económicas, con la consiguiente distorsión provocada por la extensión de las relaciones capitalistas de la comercialización sin el correspondiente desarrollo industrial.

En otras palabras, nos han convertido en una sociedad de especuladores donde las ganancias, en lugar de orientarse a la inversión y reinversión en los sectores productivos, son empleadas para dinamizar la especulación dentro de un medio conformado como sociedad de consumo sin contar con la base material que le permita convertir la demanda en desarrollo real.

Sin tener que recurrir a las abundantes estadísticas históricas que comprueban este hecho, basta con mirar retrospectivamente y comparar los grados en que la especulación ha invadido la sociedad actual hasta sus últimos intersticios, arrojando todas las actividades a la mediación del mercado para valorar todas las relaciones entre los hombres, desde las más sublimes a las más vulgares.

En este proceso, el hombre ha venido siendo progresivamente sustituido por las mercancías tanto en sus relaciones frente a los demás hombres como en sus propias valoraciones de la vida. Lo que contará para él mismo como persona no serán sus propios atributos como ser humano sino el grado de riquezas materiales que pueda exhibir como muestra de su éxito.

El trueque de pollos por ropa es ya tanto una cosa del pasado como lo es expresar el afecto por otro medio que no sea una mercancía que exprese el valor de ese afecto por el precio que tenga esa mercancía.

Y en esa sociedad de brutal competencia entre especuladores, necesariamente se erigirá como valor supremo, como valor medidor de todos los demás valores de la sociedad, la maximización de la fortuna como representación del éxito, sin importar su costo social.

Dentro de esa carrera desenfrenada que borra toda noción del tiempo y de los procesos que dominan todos los actos de la vida, terminará predominando también como actitud normal la del jugador, siempre al acecho del golpe de suerte que decida su futuro.

Desde el estudiante que confunde el proceso formativo que supone la educación con el ocupar un espacio donde pueda esperar el diploma que le autorice un salto automático y social, al profesional que reglamenta su ejercicio por una relación de ingresos; desde el canjeador que normalmente cuenta entre sus ganancias la estafa que pueda cometer contra sus clientes, al comerciante que pueda pasar mercancías defectuosas o pasadas por buenas como manera de aumentar sus ingresos; todos se encontrarán arrastrados por una práctica de vida que terminará imponiendo sus propios valores, o desvalores, a todos los actos de la sociedad dentro de una dinámica que termina, no solamente haciéndonos más pobres material y moralmente, sino también más incapaces para afrontar como pueblo los problemas que se agravan con este proceso disolutivo.

Tragados por esa dinámica que produce el milagro de las fortunas que aparecen como por obra de encanto mientras se profundiza el desamparo que sufre la población, mal podría esperarse que pudiera escapar la política de ser convertida también en un objeto de comercio, siendo, como es, la fuente del mayor poder entre todos los poderes, y aún más en sociedades subdesarrolladas, donde el Estado se erige como principal abastecedor de empleos y consumidor de dinero.

DE LA COMERCIALIZACION A LA CORRUPCION

Las fronteras entre la comercialización y la corrupción son difíciles de delimitar. De ahí la creencia extendida de que la fuente de la "inversión de valores" que afecta a nuestra sociedad y la causa generadora de las prácticas venales que corren por todas las arterias del Estado sean consecuencia de la corrupción y no de la comercialización.

Traficar con la política es de por sí corrupción, y quizás la

peor forma de corrupción, ya que pervierte una actividad de la que depende la vida de la sociedad.

Pero lo mismo podría decirse de la comercialización de las áreas de la salud o la educación, porque supone racionar de manera discriminatoria derechos a los que deben tener acceso todos los ciudadanos.

Igualmente puede considerarse como corrupción sobreponer el interés particular al interés público, cuando se trata de obtener beneficios personales o empresariales; y, sin embargo, sobran los ejemplos a todos los niveles de que constituye una práctica no solamente tenida como normal sino también considerada como legítima.

El tráfico de narcóticos, la prostitución, los juegos de azar, y tantas otras formas de comercio que degradan al ser humano, son entendidas como formas de corrupción por la naturaleza de sus operaciones; sin embargo, como contribuyen con enorme flujo económico al torrente de las llamadas actividades legales son ansiosamente aceptados, a pesar de conocerse su procedencia.

A pesar de que se ha hecho parte de la vida cotidiana andar y desandar entre lo que se toma como comercio legítimo y lo que se entiende como formas de corrupción, donde resulta más trágica esa frontera es en las actividades comerciales que tienen que ver con los asuntos del Estado, tanto por la magnitud de las operaciones como por las consecuencias sociales de esos actos.

El pago de comisiones por concepto de compras no solamente se ha convertido en una práctica aceptada, que sirve para enriquecer a funcionarios cuyas decisiones estarán prejuiciadas por la búsqueda de beneficios, sino que es también una práctica comercial que pretende privilegiar a unos frente a otros por la magnitud de las comisiones que paguen en lugar de por la competitividad de los precios o por la calidad de los productos o servicios vendidos.

Esta no será más que una de las muchas prácticas de corrupción que en cualquier sociedad organizada sería penalizada y que nosotros tomamos prácticamente como uno de los atributos que acompañan a los nombramientos a puestos donde se toman decisiones de compras y de ventas, porque paulatinamente se nos ha llevado a todos a considerar comercialmente aceptable sacar al Estado los mayores beneficios en todas las operaciones que se realizan con él sea como particulares o como funcionarios, y esta actitud se habrá de imponer en las relaciones entre el poder político y los sectores privados llevando a niveles de distorsión de tal magnitud que no solamente un contratista se sentirá con derecho y hasta con obligación de burlar al Estado en las obras que construye, sino que también el funcionario se sentirá con derecho de participar en las ganancias que proporcionan estas prácticas.

Y será una actitud que se repetirá de manera generalizada, sea burlando al fisco o sobornando a quienes dispensan privilegios irritantes, sea haciendo cómplices a las autoridades para entregar al consumidor a la voracidad de la especulación o consiguiendo la protección que garantice impunidad ante las formas de comercio más condenables; porque, en lugar de sentirse la obligación de contribuir al bien común, se impone la creencia de que todos debemos aprovecharnos por la vía que sea, de todas las oportunidades que nos permitan acceso a la ganancia fácil.

La enorme red de relaciones económicas que envuelven al Estado, dan a quienes manejan los resortes del poder, desde luego, la capacidad para definir el carácter de esas relaciones.

De manera que desde el poder no solamente se determinará la magnitud en que exista o no corrupción en los negocios que se realicen entre los particulares y el Estado, sino además entre los propios particulares, ya que en todos los casos esas relaciones serán, en mayor o menor medida, mediadas por los diversos mecanismos de reglamentación y control del Estado, así como por su propia capacidad de incidencia económica.

Siendo esto así, el partido político, como organización destinada a cumplir los propósitos políticos de las distintas fuerzas sociales que conforman la sociedad, no escapará a las prácticas de vida de la población, ni mucho menos a las distorsiones provocadas en el ejercicio político por el proceso de comercialización que arropa al país.

DEL PARTIDO POLITICO AL CONGLOMERADO COMERCIAL

No ponemos en duda que la corrupción ha estado presente en la vida política del país desde los días de la colonia. Todo lo contrario, reconocemos el papel que jugó la Encomienda como forma de consolidar la dominación de la nobleza española dotándola del poder económico que le proporcionarían las tierras y la mano de obra aborigen, por cuya posesión se desataron brutales luchas en la rebatiña por sacarle a la Isla las riquezas que habían venido a recoger. De la misma manera, para Trujillo la consolidación del Estado formaba parte de la obsesión por construir su imperio económico, confundiendo la cosa pública con sus intereses privados en grados que hacía difícil distinguir uno del otro.

La tendencia constante a utilizar el poder político como instrumento personal para atesorar riquezas, como hicieron los españoles, o a realizar una violenta acumulación capitalista, como hizo Trujillo, parece explicar la constancia del atraso que impidió al

país la conformación de una clase capitalista capaz de construir un proyecto de Estado que recogiera los propósitos de esa clase para convertirlos en los propósitos de la sociedad y que colocara al Estado por encima de los intereses particulares situándolo como árbitro, aunque parcializado en favor de la clase dominante, que todos aceptaran como regulador de la sociedad.

Cuantas veces el ejercicio político ha sido expresión de las corrientes de pensamiento y acción nacionales que han asumido carácter patrióticos, como lo fueron los casos de la sociedad secreta de Los Trinitarios, la guerra librada por los Restauradores, la lucha contra la intervención militar norteamericana de 1916 y la Guerra Patria de 1965, o en las ocasiones en que se han conformado situaciones que han exigido de respuestas a crisis nacionales, como sucedió con la gestación del movimiento clandestino 14 de Junio, las acciones que siguieron a la caída del régimen de Trujillo o la persecución de la restitución del gobierno constitucional del Profesor Bosch, depuesto en 1963, la corrupción ha sido sepultada bajo el peso de los propósitos políticos enarbolados por la vanguardia de esas epopeyas, de la misma manera que el desplazamiento de esas vanguardias de la dirección política del Estado, como ocurrió con las fuerzas que condujeron al proceso político que culminó con la Independencia nacional en 1844 y a asumir el poder de los sectores representantes de los hateros, o el fracaso de los restauradores por impulsar un proyecto democrático, o los movimientos políticos que han perseguido proyectos nacionales de respuestas democráticas a crisis nacionales, como sucedió con el golpe de Estado de 1963 o la invasión norteamericana de 1965 y el posterior programa de "pacificación" bajo los gobiernos que le sucedieron, de nuevo la corrupción se ha apoderado del país tanto como recurso para ganar lealtades como comportamiento de quienes asumen el poder desarraigados de propósitos nacionales.

Sin embargo, lo que ha acontecido en el país a partir de 1966 es más que la simple entronización de la corrupción por efecto de la ocupación del poder de parte de sectores que no representan proyectos políticos patrióticos ni clases capaces de dar una orientación política coherente al Estado.

De hecho, se orientó al Estado a perfilar una sociedad consumista y a crear artificialmente un fuerte empresariado como consecuencia de la concentración de los ingresos nacionales en pocas manos, y así conformar, también artificialmente, una poderosa clase media que arrastrara a una frenética búsqueda de dinero a las fuerzas sociales que podrían asumir liderazgos medios en la población, para neutralizar esos sectores por medio de su transformación en capas de consumidores de apetitos personales crecientes y buscadores de reconocimiento y ascensos sociales impulsados tanto por los

aparatos de publicidad como por las facilidades ofrecidas para su enriquecimiento fácil.

En pocas palabras, se emprendió un proyecto para pervertir la actividad política convirtiéndola en un negocio que afianzara el poder de un Estado dependiente con la conformación de fuerzas sociales que le dieran sustento a través de prácticas que permitieran la consolidación de sectores empresariales formados con los recursos canalizados a través del gobierno y sus políticas de concentración de ingresos y con las facilidades para el enriquecimiento a vapor de los llamados "nuevos ricos".

La vocación a la especulación se convirtió en el motor generador no solamente de esas fuerzas sociales que debían servir de amortiguadores contra las presiones de las masas, sino también en motor generador de los peores vicios dentro de una población condicionada, por nuestro escaso desarrollo, a una vida de inseguridad económica, social y política, mayoritariamente desempleada, subempleada y de magros ingresos, con todos los apetitos despertados por los estímulos de una sociedad de consumo insaciable, que convirtió en centro de su exigencia la búsqueda de maneras para conseguir acceso a la panacea que se prometía desde las más altas esferas.

En esta situación, en que toda la sociedad es arropada por la histeria de la especulación, buscando créditos fáciles o contratas onerosas, cargos públicos prometedores de múltiples favores y privilegios y el derroche de recursos del Estado, o ganancias exageradas ofrecidas con el desarrollo de las actividades comerciales de las más diversas áreas, mal podrían desarrollar las ideas políticas que sobrepusieran el interés patriótico a los apetitos desatados o los proyectos nacionales a los intereses inmediatos particulares de quienes participaban o buscaban participar de ese festín que ahondaría nuestra debilidad estructural como nación.

Para los partidos políticos, ese proceso de degradación de las actividades de la sociedad también representaría un proceso de corrupción y reducción que terminaría por despojar al populismo, como fuerza de avanzada popular, de sus postulados anti-imperialista, anti-latifundista y desarrollista, para transformarlo en un movimiento político que de poca definición ideológica pasaría a convertirse en un simple instrumento promotor de las ambiciones personales y en una fuente de reforzamiento de las nuevas relaciones de dependencia, mientras que los sectores políticos de vanguardia se verían desgastar tanto por la represión dirigida como por el espacio reducido que se dejaría a las ideas que no pudieran conformarse a las prácticas de oportunismo y vacío de valores de una sociedad entregada a la imposición del comercio de todas las cosas como forma de vida.

Y no solamente habría de suceder con los partidos políticos, sino con todas las demás formas de organización que cobraban las diversas actividades de la sociedad dominicana sometida a la poderosa influencia del comercio como forma predominante de vida de la población.

Los sindicatos, los clubes, las asociaciones de profesionales, y hasta muchos de los llamados partidos de izquierda, se verían igualmente corromperse o reducirse bajo el impacto de la compra de sus dirigentes, las facilidades económicas ofrecidas por organismos gubernamentales e internacionales que reorientarían su dirección, los créditos fáciles brindados para crear empresarios al vapor, las sumas cuantiosas de dinero que circularían en torno a las estafas que se harían parte normal de las operaciones con el Estado y con los particulares, mientras se reducía el espacio de toda forma de vocación de servicio a la sociedad.

Este proceso degenerativo, impulsado como política general, no haría sino agravarse con la crisis que toma cuerpo al final de la década de los 70 cuando el modelo desarrollado, sostenido en parte por los préstamos internacionales y los precios favorables experimentados en los productos de exportación, empieza a resquebrajarse y comienzan a aparecer, como formas alternas, el tráfico de narcóticos, la internacionalización de la prostitución, el lavado de dólares, y otras modalidades que no serían sino consecuencia directa de ese proceso de comercialización desarrollado como forma de neutralizar las presiones políticas sin resolver los problemas estructurales presentes en la sociedad dominicana, expresándose ya para la década del 80 con toda la violencia generada por la incapacidad para sostener un aparato parasitario vicioso como centro de los flujos económicos de la sociedad.

CONCLUSION

Se hace obvio que los grados alarmantes de corrupción que arropan a la sociedad dominicana resultan de procesos históricos que se expresan en un desarrollo incapaz de ocupar la fuerza de trabajo del país en áreas productivas que generen prácticas de vida y formas de organización social que definan clases y capas sociales capaces de darse proyectos políticos que sobrepongan el interés nacional y el bien común a los intereses y apetitos personales y, por extensión, prácticas políticas arraigadas en valores patrios.

Sin embargo, es válido sostener que la tendencia a recurrir al comercio como forma de conseguir un medio de vida no solamente resulta del atraso a nuestras fuerzas productivas y de las características de las débiles clases sociales que condiciona, sino, que, además, ha sido un recurso político empleado para neutralizar los

conflictos sociales generados por nuestra situación de subdesarrollo, pervirtiendo las prácticas de vida de los dominicanos y alimentando la inversión de valores que domina las actividades públicas y privadas.

Es también posible deducir que cada situación de crisis que ha conducido a condiciones de violencia social y económica ha encontrado como respuesta la generación de proyectos políticos que han dado un contenido de propósitos comunes a los sectores más sanos de la sociedad conduciéndolos por el camino enaltecedor que marcan los sentimientos patrióticos y la vocación de servicio al pueblo.

Y ha sido precisamente en los momentos en que con mayor fuerza se han presentado las situaciones de deterioro general, como sucede en la actualidad, cuando con mayor fuerza también se han abrazado las causas reivindicadoras y de rescate de la soberanía e independencia nacionales.

De la misma manera que es posible apreciar el auge que cobran las fuerzas políticas que propugnan la moralización del ejercicio político, la reorientación de la economía hacia la búsqueda de respuestas consecuentes con las necesidades nacionales, la dignificación de la condición del hombre, la recuperación de la soberanía y la exaltación de nuestros valores patrióticos, es también posible verificar el apoyo masivo que estas posiciones vienen teniendo en el seno de los más diversos sectores de la sociedad en lo que se evidencia como un movimiento general contestatario de nuestra situación de deterioro económico y moral.

Las elecciones parecen servir de escenario para la confrontación de estas alternativas que se abren al pueblo, y todo parece indicar que, a pesar del deterioro provocado, el país encontrará la fuerza para reeditar los gloriosos episodios que han servido de alimento a los valores más altos de nuestra sociedad cuantas veces la disolución ha amenazado su existencia como pueblo.